

OPINIÓN

* Por Manuel Rojas

La perpetua autocritica

Durante varios años trabajé, sin darme pena, en *Hijo de ladrón*. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehice e hice, amé y desamé. Escríbelo en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Leng, en Isla Negra, en donde pude. Entretanto me casé con Valeria López Edwards y la vida se me hizo más tranquila y más agradable, aunque era tan pobre como antes, aunque, por suerte, igualmente trabajador. Los capítulos se fueron uniendo a los capítulos y cuando menos pensé vi que tenía una novela de más de trescientas carillas. Nunca había escrito tanto. Y aquí debo confesar que el resultado no fue, exactamente, lo que yo quería, no en el sentido de la historia, que era lo me había trazado, más o menos, desde el principio, sino en la expresión. Quise hacer algo más denso, había querido hacerlo, escribir de modo más apretado, quizá si más cuidadoso. El primer capítulo y dos o tres de los que hay en el libro son lo que quise. Pero, no sé por qué, me abrió lo que fue tal vez un error, aunque no me abrió para hacer concesiones sino más bien porque no fue capaz de seguir el tren o porque no poseía los recursos necesarios para presentar variaciones en la expresión. Me pareció, por otro lado, que no había más recursos y la verdad es que no los he visto en otros escritores (después, por supuesto). ¿Debi profundizar más los estudios de caracteres, utilizar en más profundidad los recursos? Es posible, pero no lo hice, tal vez porque temí caer en algo confuso, confuso para mí mismo, o monótono. El monólogo interior, el regreso en el tiempo, la digresión, la corriente de la conciencia, los puros entre un hecho y otro, y de la primera a la tercera persona y viceversa, son, sin duda alguna, preciosos recursos, pero no creo que se pueda hacer un libro únicamente para demostrar que se los domina o que hay muchos; es necesario también cuidar del asunto. Creo que el equilibrio entre el tratamiento de un asunto y el asunto mismo es lo que el escritor, el novelista sobre todo, debe buscar. Cualquier preferencia o unilateralidad le puede ser funesta y eso es más fácil que ocurre en la novela. El paisaje es demasiado ancho, a veces hay que mirar muchas cosas al mismo tiempo y cualquier descuido o presunción causa una pérdida irreparable. De todos modos, varias veces me he preguntado: ¿cómo resultaría una novela escrita en la forma en que está escrita, en *Hijo de ladrón*, ese capítulo llamado de la fleida? Es cuestión de intentar y ver, y no he perdido las esperanzas de hacerlo.

* Extracto de las reflexiones de Manuel Rojas acerca de *Hijo de ladrón* publicadas en su *Autobiografía*, 1962 (libro publicado en 1995 por JOM Ediciones).

Hijo de ladrón, la obra maestra de Manuel Rojas, cumple medio siglo desde su publicación. El texto se transformó en la puerta de entrada de la literatura nacional a las complejas letras del siglo XX. Escritores y críticos entregan su opinión sobre un texto que lleva a cabo el ideal artístico de su creador: hacer de la vida y la escritura experiencias idénticas.

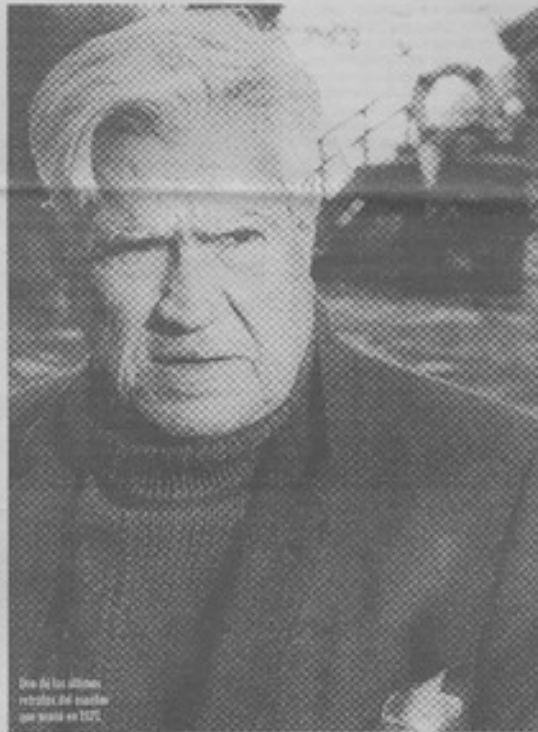
Por estos días, hace exactamente cincuenta años, un grupo de ocho personas captaba un libro que la librería Nacional abría sus puertas. Esa mañana se puso a la venta, por primera vez, la novela *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas (1896-1972). Uno de aquellos individuos era el escritor Alfonso Calderón, en aquel tiempo un joven ingenuo que, en su calidad de admirador del estadounidense William Faulkner y del francés Jean Paul Sartre, tenía la esperanza de que la obra de Rojas fuera el libro que necesitaba la novela nacional para renovar. Su libro no se vio defraudado. *Hijo de ladrón* fue un acto revolucionario en la literatura chilena tanto como la edición clandestina de *Castro General*, un año antes", sostiene Calderón medio siglo después.

En sus páginas halló todo cuanto esperaba: un relato crudo que aplicaba técnicas modernas a un tema clásico, consiguiendo de esa forma un libro universal que a la vez, según el crítico Nahn Níñez, se interna lúcida y libremente en la clandestinidad. Sin embargo, como suele ocurrir con todas las obras que dejan huella, las opiniones que se superponen sin analizar mutuamente. Así, el cronista Luis Sánchez Latorre afirma: "*Hijo de ladrón* le devolvió a la literatura latinoamericana la comprensión personal, el sentimiento humano, que se había perdido con la supremacía de la técnica impuesta por el cincuentismo de autores de otras lenguas. Con los años uno se acerca con las novelas de laboratorio, se aburre de leer a Joyce, a Roberto Musil, todos muy interesantes sin duda, y valora más la autenticidad, la tierra, la vida simplemente".

Este libro parece tener existencia propia. Al conmemorarse el cincuentenario de su publicación, su creador es, a juicio de colegas y lectores como alguna vez dijo el autor de *El rey Carlos Drogomir*, "el más grande novelista chileno del siglo XX, aunque él opine otra cosa".

Rojas fue un hombre de carácter marcado que no hacía apuro de sus triunfos. "Siempre estaba a la defensiva", recuerda Luis Sánchez Latorre, "como diciendo que él ya tenía de vacía, y por eso no se permitía en ser atento con los demás. Y era verdad. Su juventud fue muy dura, un día murió, otro no. En suma, era desconfiado". A esa descripción, en cualquier caso, habría que añadirle las palabras de la doctora Paz Rojas, su hija: "Nunca hablé de desconfianza de sus libros, pero sobre las personas que conocí, sí. Demostraba su riqueza interior con una mirada profundamente sobre la gente; de hecho, podía estar horas dialogando con un campesino a la orilla del

La epopeya de un desh



Uno de los últimos retratos del escritor que murió en 1972.

Río Maipo o con los pescadores de El Quisco. Escuchaba más que nada".

Esa cualidad de oyente se refleja, en cierto modo, en su novela *La fleida*. La apropiación que hizo para la literatura nacional del mundo interior, la combió con lo que Nahn Níñez llama "la narración múltiple de la historia". "Los hechos", explica el crítico, los cuentan varios personajes al mismo tiempo y en ese sentido fue un escritor que nació con el mismo instinto que le daba en

su época". Dicha circunstancia, reconoce Níñez como lector, al principio se le presentó como una dificultad, ya que "en un libro bastante reflexivo y escaso de acción, todo el trabajo consiste en una síntesis del pasado y el futuro en tres días. Sin embargo, en mi segunda lectura me di cuenta que el lector tiene que ser activo, acompañar al protagonista, no tiene en sus dudas".

El libro sutilmente se desplaza entre la ficción y la realidad, ilustra una manera ordenada cronológica

La epopeya de un deshheritedado [artículo] Iván Quezada E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Iván

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La epopeya de un desheredado [artículo] Iván Quezada E. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile